

El camino de baldosas amarillas

EL
CAMINO DE
BALDOSAS
AMARILLAS

JUAN DE DIOS GARDUÑO



El camino de baldosas amarillas

es una publicación de Tyrannosaurus Books

www.tyrannosaurus.es

E-mail: hola@tyrannosaurus.es

Copyright © 2012 Juan de Dios Garduño, por el texto

Copyright © 2012 Tyrannosaurus Books, por la presente edición

Maquetación y diseño: Tyrannosaurus Books

Ilustración portada: Daniel Expósito Zafra

Primera edición. Diciembre, 2012

Impreso en Catalunya | Printed in Catalonia

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera ni por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopia, filmación o a través de cualquier otro sistema, sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

*Para mi Agnus, aunque ya no estés en mi vida.
Para Mónica Mateo, mi hermana, por siempre.*

Prólogo

Nunca me han gustado esos prólogos en los que te explican lo amigos que son el prologuista y el autor. No me interesa dónde y cómo se conocieron, ni las veces que se han emborrachado juntos. Que Juande me caiga bien no tiene importancia para el libro que vas a leer .

Tampoco me gustan los prólogos-resumen, esos que te destripan la historia y te desvelan lo que va a pasar. Quiero descubrirlo yo, crearme expectativas y ver si se cumplen o no. Un prólogo no es un epílogo.

De manera que no haré ni una cosa ni otra.

Tienes el libro entre las manos, así que es evidente que te interesa. Mi función es la de acabar de convencerte. Decirte: “Sí, es bueno”. Porque lo es. Cuando Juande me pidió que lo prologase, acepté sólo si me gustaba. Si estás leyendo esto es porque así fue.

Me gustaron los personajes, bien contruidos, diferentes entre sí, coherentes y con una personalidad propia. Creo que el diseño de personajes es el punto fuerte de Juande, y ellos son los que aguantan el edificio de sus libros.

Me gustó el juego: las referencias a *El mago de Oz* (algunas muy evidentes, incluso explícitas; otras bien escondidas), la creación de unas expectativas con las que luego rompe, una y otra vez, sorprendiéndome, los detalles que te adelantan lo que va a pasar, pero que sólo reconoces a posteriori.

Pero, sobre todo, me gustó el mundo. Nuestro mundo. La postguerra española, esa que algunos intentan negar y que se suele obviar (¿cuántas películas hay sobre la Guerra Civil? ¿Cuántas, en cambio, sobre la postguerra?); esa postguerra de *Paracuellos*, el cómic del gran Carlos Jiménez. Un mundo negro, duro, miserable y cruel. Tanto, que todo lo tenebroso tiene cabida en él. Un mundo en el que lo más oscuro resulta ser el corazón humano.

Creo que a ti, lector, también te gustará. Ya me lo dirás.

Sergi Viciana

"Cuando Dorothy se detenía en el vano de la puerta y miraba a su alrededor, no podía ver otra cosa que la gran pradera que los rodeaba."

El mago de Oz.

Lyman Frank Baum

1

Torcuato leía sentado en una pequeña silla de enea junto al fuego. De vez en cuando levantaba la vista porque el crepitar de la leña llamaba su atención. Su madre había dejado a un lado el molinillo de café y la coplilla que cantaba para acercar el puchero a la lumbre. Su padre y sus hermanos mayores se aseaban después de la dura jornada del campo con una palangana de agua caliente en el cuartillo del corral, junto a las gallinas. Casi era de noche y un mal viento de diciembre había soplado durante todo el día, arrastrando consigo el ladrar de los perros y el ajetreo de la aldea; pronto serían sustituidos por el aullar de los lobos en la distancia y el grito de las lechuzas en las encinas.

—¿Qué lees, Torcuato?

—Una novela, madre. Me la ha prestado don Eduardo. Se titula *El maravilloso mago de Oz* —contestó el adolescente sin apartar los ojos de las páginas amarillentas.

Su madre dio un sorbo al puchero, pobrementemente adecentado con garbanzos y habichuelas y donde un trozo de carne aislado flotaba pidiendo auxilio. Más no podía hacer por darle sabor. Se levantó y echó un ojo a la herrumbrada cocina, después negó con la cabeza y puso gesto grave.

—¿Pero eso te enseña algo, hijo? —preguntó la mujer con el ceño fruncido y la mitad de la cara lamida por la luz de la candela—. Leer por gusto solo lo hacen los ricos, que tienen tiempo y dinero para esas tonterías.

Torcuato decidió dar la callada por respuesta. No estaba en absoluto de acuerdo con su madre, al menos en lo de que leer era una tontería. Don Eduardo, que era hombre de estudios, le había dicho que leer culturizaba, incluso lo hacían las novelas de aventuras. Y esas palabras a él le habían fascinado, al igual que cuando les narraba extractos de novelas de Julio Verne en clase y él se imaginaba viviendo tales narraciones, ya fuera en submarinos como el Nautilus o viajando al centro de la Tierra para descubrir dinosaurios gigantes que el hombre creía extintos.

Un trozo de argamasa cayó de entre los tillos del tejado y el adolescente levantó el libro para que resbalaran hasta el suelo de terrizo bañado con lascas de piedra y chinos.

Su padre volvió del corral sin camiseta interior, de su piel manaba un vaho que dibujaba caprichosas espirales. En una mano llevaba los aparejos de afeitar, en la otra la toalla. Tras él, varias nubes afeaban el ocaso, que moría con la misma rapidez con la que se saldría el sol al amanecer. Emilio cerró la puerta tras de sí y observó primero a su mujer y después a su hijo.

—María, asa una sardina —dijo hosco—. La partes en tres y se las das a tus hijos; para Torcuato la cabeza, que para eso es el más pequeño.

—Hoy no ha venido el pescadero por el pueblo, Emilio. Pero queda en la despensa la que asamos el otro día. Ahora mismo la caliento un poco y la corto —respondió ella, sumisa.

Le hablaba al aire porque su marido había pasado de largo para ir a por una camisa tan limpia como remendada. La mujer se atusó el delantal, se arregló el moño y fue a la despensa. Cuando Emilio regresó con una cajita de madera en sus toscas manos, se sentó en una silla junto a la mesa y miró fijamente cómo leía Torcuato. En sus ojos primero se reflejó orgullo, para dar paso a una mirada severa. Después, abrió la cajita y sacó hojas secas de patata y papel de fumar. Con parsimonia y callado comenzó a prepararse un cigarrillo.

—Torcuato, tenemos que hablar —dijo para romper el silencio.

El chico cerró el libro en el acto y arrimó su pequeña silla a la mesa.

Siempre que su padre le decía aquellas palabras era porque había hecho algo mal. Sintió miedo, a él nunca le había pegado, pero sí había sido siempre bastante estricto. En ese momento entraron sus dos hermanos, Evaristo, el grande, y Julián, el mediano. Evaristo le revolvió el pelo y le sonrió con ternura. Julián pasó hacia la habitación que los tres compartían sin decirle nada. Sus dos hermanos eran diametralmente opuestos, al igual que la relación que mantenía con ambos.

—Dígame, padre —contestó con gesto preocupado y mirando hacia el hule con motivos de caza de la mesa.

Emilio entornó los ojos para darle un buen acabado al cigarrillo. Después lamió el papel y escupió alguna hebra suelta al suelo. Torcuato, consumido por la preocupación, no podía dejar de observar las manos de su padre. Eran tan grandes, parecían hinchadas y deformes, pobladas de vello, callos y arañazos. Aquellas manos duras que nunca en su vida pudo olvidar.

Sus hermanos regresaron, Evaristo se sentó a la mesa junto a su padre y Julián en un tocón de encina frente a la candela. No tenían más sillas en casa, aunque tampoco es que hicieran falta porque al acabar la jornada en invierno lo que buscaban era la cama. María trajinaba de aquí para allá con la cena, pero aún así atendía a lo que Emilio iba a decir a su hijo Torcuato. Venían hablándolo en las noches frías, bajo mantas y cobertores, pero no quería que llegase el momento. Su corazón se encogía solo de pensarlo. Su hijo, su pequeño...

—Vas a dejar los estudios —Emilio nunca tuvo tacto ni medida con las palabras, siempre fue hombre de campo, rudo, callado, directo—. Mañana es la misa de los quintos de tu hermano Evaristo. Se nos va a cumplir con la patria a Burgos y cuando vuelva tiene que tener su ajuar listo para casarse con la Paqui. Ayer se murió de tifus Manolo “el pelao”. Hablé con el encargado, y don Fermín te quiere de gañán hasta que puedas ser bracero, como nosotros...

—¡Pero padre! —había saltado de la silla, había levantado la voz, había puesto en tela de juicio una decisión del cabeza de familia. Dos palabras

y tres hechos que no iban a quedar sin castigo.

Emilio se levantó de la silla y por primera vez en su vida le dio tal bofetada a Torcuato que este cayó primero contra la pared y luego hasta el suelo. María emitió un grito y se llevó la mano a la boca, las lágrimas comenzaron a aflorar como un dulce manantial de agua. Evaristo, con los codos sobre la mesa y las manos juntas en la frente, bajó la mirada apesadumbrado. Julián no prestó ni la más mínima atención, observaba el fuego, impasible.

—Ni se te ocurra volver a cuestionar lo que te diga o te muelo a palos, ¿te enteras? —dijo su padre señalándole con un dedo—. Y ahora siéntate a la mesa, desvergonzado —Emilio hizo lo propio, Torcuato se levantó sin ayuda. Lloraba y sentía la mano de su padre grabada a fuego en la mejilla. La oreja le latía de dolor—. Has estudiado hasta que hemos podido permitirnoslo. De hecho, eres el único en la familia que sabe leer. Pero tu hermano se va a la mili, son siete pesetas menos al día que entran en la casa, y somos pobres, pero humildes y trabajadores. Y en esta casa todo el mundo arrima el hombro; a tu edad puedes ganar tres pesetas al día de gañán. Darás de comer a los bueyes antes de que amanezca y harás los recados que don Fermín te ordene. En este mundo que nos ha tocado vivir tu carné de identidad son las manos, Torcuato. Las manos son las que te presentan, las que hablan de ti y cuentan tu historia. Dejas los estudios y no hay más que hablar.

Dejas los estudios y no hay más que hablar, dejas los estudios y no hay más que hablar, dejas los estudios y no hay más que hablar.

Las palabras, las frases, reverberaban en su cabeza una y otra vez. Sus lágrimas caían sobre el hule y formaban un diminuto lago de agua salada. Adiós a estudiar en Fuente Obejuna primero y en Córdoba después. Adiós a ser profesor, como don Eduardo, adiós a sus sueños y anhelos, a su meta. No enseñaría a nadie a leer y a escribir, no enseñaría cuántos continentes hay en el mundo, ni que Napoleón conquistó Europa para después ir perdiéndola poco a poco, ni a sumar o restar, a multiplicar y dividir. No enseñaría nada, solo sus manos, deformes e hinchadas como

las de su padre... su carné de identidad.

La vida en forma líquida se le escurría por el rabillo de los ojos.

Dejas los estudios, y no hay más que hablar. Darás de comer a los bueyes y harás los recados que don Fermín te ordene. Gañán, hasta que puedas ser bracero.

Su madre puso el puchero humeante y la sardina recalentada sobre la mesa, su rostro, reflejo de angustia y pesar, con dos lágrimas prisioneras de la ira de su marido. En aquel momento aporrearon a la puerta y sus vidas se oscurecieron para siempre.

— ¡Abrid la puerta o la echo abajo! — La voz, que vino acompañada de más golpes, sonó vigorosa, aún amortiguada por la puerta de madera remachada de clavos— ¡Que abráis, coño!

Todos en la familia se miraron entre sí menos Torcuato, que mantenía sus ojos fijos en el tapete mientras se mecía en la silla y murmuraba palabras que morían al salir de su boca. Emilio se levantó de un brinco, su cara compungida lo decía todo. Sabía de quien era la voz y sabía también que no era conveniente hacerle esperar o derribaría la puerta sin titubeos.

— María, ábreles — ordenó. Intentó sonar firme pero no lo consiguió. No tenía miedo por él, sin embargo...

— Pero Emilio...

— ¡Que les abras! — exclamó sin darle tiempo a seguir con el ruego. Después, intentó tranquilizarles—. Abre, es mejor no enfadarles más, y no habléis a menos que os pregunten directamente y sobre todo que ni se os ocurra moveros, pase lo que pase.

La mujer recorrió el pasillo con la cabeza gacha y casi a oscuras. Aún así, vio que el suelo de terrizo apenas conocía al cemento, ya que sus pies resbalaban continuamente con la arenilla que levantaban sus pasos. Cuando estuvo cerca de la puerta esta recibió tal patada que el marco tembló haciendo caer una cascada de adobe sobre la entrada. María no se atrevió ni a decir que iba a abrir la puerta, lo que hizo fue quitar la clavija del postigo a toda prisa y hacerse a un lado justo antes de que esta se estrellase contra la pared al recibir el siguiente empujón.

Pasaron por delante de ella sin mirarla siquiera. Eran dos. María apenas pudo ver sus portes de superioridad, sus tricornios oscuros, sus uniformes con la misma hechura que los del ejército, sus hombreras, sus carteras de las bocamangas, sus picos rojos en el cuello y sus capas verdes que ondeaban al viento de aquella gélida noche. Los guardias civiles se plantaron en el salón con apenas tres zancadas.

— Buenas tardes tengan, don Francisco y don Miguel — les saludó Emilio, que los aguardaba de pie, junto al fuego. Su hijo mediano y él habían intercambiado asientos.

Evaristo y Julián saludaron también. María se quedó en el pasillo, sin entrar al salón. Las manos agarradas a la altura del pecho y temblando. Los dos guardias civiles permanecieron un momento en silencio, observando a todos y todo. Don Francisco, menudo, con gafas redondas donde se reflejaban las llamas y pulcramente afeitado, sonrió y se echó las manos a la espalda.

— Vaya, vaya, vaya — dijo haciendo una pequeña pausa en cada palabra. — No me puedo creer que esté viendo lo que estoy viendo. Podría decir que no me lo esperaba, pero sí que me lo esperaba. ¿A ti qué te parece, Miguel?

Miguel, mucho más corpulento, con cara de bruto y un bigotillo fino que bordeaba la comisura de los labios negó con la cabeza a la vez que arrugaba la boca.

— Mal, muy mal — dijo, escueto.

— Sí, a mí también me lo parece — Francisco sacó de su funda una porra alargada y la observó bajo el resplandor del fuego. Parecía estimar su peso, se la pasaba de una mano a otra sin decir nada más, solo jugando a un aterrador juego de malabarismos.

— La leña es mía, don Francisco — dijo Emilio, la cabeza siempre alta.

El guardia civil dejó de jugar con la porra, pero se quedó mirándola como si no supiera qué hacía con ella en la mano. Después, impulsado por una rabia ciega saltó hacia Emilio blandiendo el arma y asestándole con ella un golpe en mitad de la cara. La nariz crujió y el bracero dobló

las rodillas. María gritó, pero enseguida se tapó la boca. Evaristo hizo amago de levantarse, pero una simple mirada del otro guardia civil hizo que se quedara donde estaba. Julián no pestañeó, Torcuato tampoco se inmutó, permanecía encerrado en su propia pesadilla.

— ¡La leña es mía, la leña es mía! — se burlaba Francisco mientras aporreaba a Emilio una y otra vez, donde podía hacer más daño, sin miramientos—. ¡Una puta mierda es tuya, seguro que es robada, que me han dicho que se te da bien robar, desgraciado!

Los golpes continuaron hasta que el enjuto guardia civil tuvo el rostro veteado por los regueros de sudor que nacían en su frente. Después, se ajustó la ropa y escupió sobre el herido. Miró desafiante a toda la familia y solo se encontró con ojos caídos, caras de dolor e impotencia. Volvió a observar a Emilio, que sangraba por la boca y la nariz. Le ordenó que se levantara y este lo hizo, doblado en dos, con la nariz bañando el suelo de sangre y orgullo. En ningún momento dejó de mirar a Francisco, la cabeza siempre alta, como le enseñó su padre y él había enseñado a sus hijos.

— Lag leña me la dio don Fermín — dijo con la dentadura rojiza.

Francisco no prestó atención a las palabras de Emilio, y si lo hizo las ignoró por completo.

— Levanta que me siente yo — le dijo a Julián. Este acató la orden y se apoyó en una esquina de la cocina con los brazos cruzados. Evaristo, con los puños cerrados, apretó los labios sin levantar la vista. Su madre, que conocía su carácter, rezaba porque siguiese así—. Mujer, ponme un plato de puchero, hay que tratar bien a la benemérita — cogió la sardina con el mendrugo de pan y comenzó a comérsela ante el sentimiento de impotencia de la familia—. Te escudas tú mucho en don Fermín, ¿eh, Emilio? Pues te digo una cosa, me dicen que ayudas a los maquis en la sierra, que les das de comer y eso. Yo hace tiempo que pienso que eres un puto rojo cobarde, y si consigo demostrarlo te voy a fusilar, aunque esté don Fermín de por medio, ¿te enteras?

María le sirvió un buen plato del puchero, el guardia civil lo atacó al

instante, dejando la sardina en sus raspas sobre la mesa. La mujer miró a Miguel para ver si quería otro plato y este negó con la cabeza. Creyó ver -y deseó que así fuera- que el hombre no estaba disfrutando con el comportamiento de su compañero, que en algún momento le recriminaría algo o le instaría a seguir su camino con los caballos. Al fin y al cabo eran primos, ella y él. Lejanos, pero primos.

Emilio hincó una rodilla en el suelo, no pudo hablar, se encontraba al borde del desmayo. Aún así sus ojos permanecían desafiantes, todo su porte era orgullo y coraje. María dio un paso hacia él, pero se detuvo y miró al guardia civil pidiendo permiso. Este hizo un gesto afirmativo y la mujer no se lo pensó dos veces, fue hasta su marido con un trapo húmedo para limpiarle las heridas, pero Emilio la apartó a un lado de un manotazo. Francisco sonrió.

—¿Nos puede el orgullo, eh? —preguntó antes de sorber caldo. Después se giró hacia Evaristo y buscó el mínimo indicio de rebeldía para darle una paliza a él también, pero el chico, con la cabeza gacha, permanecía en el más absoluto de los silencios.

Torcuato se estremeció como si al oído le hubiera susurrado una bruja y comenzó a farfullar más alto. En el silencio tenso del salón su voz comenzó a levantarse hasta ser casi un grito.

—Dejas los estudios, y no hay más que hablar. Darás de comer a los bueyes y harás los recados que don Fermín te ordene. Gañán, hasta que puedas ser bracero.

Francisco se le quedó mirando hipnotizado, curioso, con media sonrisa dibujada en los labios y las cejas alzadas. Dio un codazo a su compañero, que también prestaba atención a Torcuato con el ceño fruncido. Todos los ojos del salón se dirigieron hacia el pequeño de la familia, que proseguía con sus palabras como si de un rezo a medianoche en una ermita se tratara.

—¿Qué le pasa al zagal? —preguntó Miguel entonces, señalaba con la barbilla.

El otro guardia civil dejó a un lado el puchero, se levantó y se acuclilló delante de Torcuato clavando en él su mirada afilada. María y Evaristo

se alarmaron, el niño se estaba comportando de una manera muy extraña, nunca le habían visto así y no sabía por dónde podría salir. Francisco, aún sonriendo, pasó la mano dos o tres veces delante de los ojos del chico pero este continuó hablando sin inmutarse. Acto seguido le propinó un revés que hizo que Torcuato cayese al suelo por segunda vez y quedase allí quieto, callado. Evaristo tiró la silla hacia atrás dispuesto a saltar sobre el guardia civil, María le indicó con una mano que no hiciera nada. Emilio intentó dar un paso pero trastabilló y cayó al suelo, y Francisco, con un rápido movimiento echó mano a su pistola sin sacarla de la cartuchera mientras estudiaba la situación. Julián sorprendía a todos por su inmutabilidad.

—Tranquilitos, eh —dijo Francisco relajando la mano del arma al ver que cada uno seguía en su sitio—, que le he hecho un favor al chaval. No sé qué coño le habréis hecho que estaba rayado como un disco en un magnetófono. Niño, levanta, hostia —ordenó a Torcuato dándole una patada en el muslo. Después, se sentó de nuevo para terminar con el plato de garbanzos.

Mátale, mátale, mátale...

La voz, profunda, retumbó dentro de Torcuato como si su cabeza fuera un bongó. Allí, tirado en el frío jergón de tierra que era el suelo y con la saliva colgando en hilillos, la voz era su amiga, su hermana. Mátale, es una mala persona, lo merece. La voz era él y a la vez no lo era, la voz lo era todo y no era nada, la voz le atraía y lo alejaba, una y otra vez, pero sin embargo era sabia, como Oz. Oía las risas del guardia civil, sí, estaba en el salón, o quizá no, quizá estuviera a cien kilómetros de allí, pero su risa quedaba, flotaba en el aire y era irritante, le emboscaba, lo dominaba todo y no quiso oírla más. Tenía que pararla. Ya. Se levantó primero apoyando un pie, luego agarrándose a la silla. Allí estaba aquel ser monstruoso, vestido de verde, con sus gafas redondas y sus ojos de rata, llevándose una cucharada a la boca, y pese a todo reía, y el caldo se le derramaba por la comisura de los labios y caía sobre el tapete. Plof, plof.

Mátale, mátale, mátale.

Torcuato no sabía dónde había estado, pero no allí, no en aquel salón donde su padre lloraba sangre y su madre respiraba angustia, donde su hermano Evaristo pellizcaba el mantel de impotencia, donde su hermano Julián tenía la mirada perdida y donde aquellos dos extraños usurpaban el puesto de Padre y se reían de él. El cazo, le indicó la voz, y nada más verlo supo qué debía hacer con él. Mátale, haz que calle. Lo agarró y con toda la fuerza de la que fue capaz golpeó a Francisco en la sien. Este cayó de lado, más fruto del susto que del golpe. María gritó y el hombre se golpeó el costado contra la silla de Evaristo y gritó de dolor, aquella cocina se convirtió en caos durante unos segundos. Emilio, sabedor de lo que podía ocurrir, intentó llegar hasta su pequeño, pero Miguel, equivocadamente o no, le retuvo. Julián se quedó boquiabierto y descruzó los brazos, pero no se movió, y Evaristo, al ver que el guardia civil herido se incorporaba dominado por la ira y agarraba el arma con intención de matar a Torcuato comenzó a forcejear con él. Este, incrédulo, le increpó y le dijo que lo mataría a él también, y fue así, con mala intención, que apretó el gatillo de la pistola y la mitad de la cara de Evaristo desapareció tras el paso del proyectil, dejando músculo, hueso y sangre a la vista. El joven dobló las rodillas sin soltar la pistola, Francisco, con la boca abierta y la cara bañada de rojo le asestó una patada en el pecho y lo separó de él. Cuando vio que Julián amagó con arrebatarle el arma, le encañonó con una sonrisa. Entonces sintió que alguien le ponía una mano en el hombro, casi con timidez. Se giró con vehemencia.

—Ya —le dijo Miguel con un tono autoritario que nunca le había escuchado.

En un principio Francisco no sabía a qué se refería. Después, miró a su alrededor, María corría hacia Evaristo, que yacía sin vida, boca abajo y hecho un ovillo como si la muerte le hubiera abrazado con gélidas garras. Torcuato había vuelto a sentarse mientras repetía aquella letanía que le sacaba de quicio, Emilio lloraba con la cara alta, y su compañero Miguel negaba con la cabeza una y otra vez mientras le aguantaba la mirada con gesto severo.

—Su puta madre —dijo Francisco guardando el arma—. Agarra al jodido niño ese. Está loco, toda la culpa de esto ha sido suya. Tráetelo para el cuartel, que este va a un loquero como que mi madre se llama Agustina. —Al ver que Miguel seguía sin moverse le espetó:— ¡Tráelo o me los cargo a todos y que le den por culo a don Fermín, hostia!

Dicho esto, se dio la vuelta y salió de la casa. Miguel agarró a Torcuato y permaneció impasible ante los lloros y súplicas de María para que no se llevasen a su niño. La mujer se había agarrado a los pies del guardia civil y no le dejaba avanzar. Le tuvo que propinar una patada en la barriga y dejarla sin respiración para poder salir, un mal menor si quería salvar sus vidas. El viento era portador de desgracias y una de sus ráfagas había penetrado en aquella humilde vivienda y había roto aquella familia por siempre. Antes de que se lo llevaran, Torcuato observó a sus padres y sus hermanos por última vez en su vida.

Dejas los estudios, y no hay más que hablar. Darás de comer a los bueyes y harás los recados que don Fermín te ordene. Gañán, hasta que puedas ser bracero.

Lo repetía una y otra vez. Después, se desmayó y todo fue oscuridad.